
FERNANDO URIARTE

Menéndez y Pelayo y los nuevos heterodoxos

EN la obra de Menéndez y Pelayo prevalece una constante doctrinaria. Fácilmente perceptible en sus escritos de más pura investigación, esta constante se torna notoria, agobiante y machacona, en la gran zona polémica de su portentosa producción. Este escudo que defiende el amplio solar de su heredad literaria es lo primero que ve el estudioso de nuestros días en sus repasos de afición, o en visita de peregrino a las solemnes celebraciones centenarias. Primer centenario que ha de traernos, severamente precisados por el tiempo, los resultados de la primera prueba que el escritor rinde ante el tribunal del futuro. Mostrará decisivamente su eficacia y su verdad el gallardo escudo doctrinario que a la distancia divisamos, confrontado con las solicitudes urgentes de nuestro actual nivel espiritual.

Es aconsejable despojar el homenaje de engañosas apariencias que suelen acompañar a la genuflexión colectiva, programada por gobiernos e instituciones culturales, y atenerse al rigor de un exámen de conciencia exigido y determinado por las proposiciones fundamentales del escritor conmemorado, calibrando su vigor y vigencia en una perspectiva histórica que al llegar hasta nosotros nos muestre la médula problemática con que se nos atraviesa el clásico.

A los veinte años se planteó Menéndez y Pelayo las preguntas fundamentales que centran el tema de su vida en la historia espiritual de España. Estaba milagrosamente preparado para tan vasta tarea. Concebía el asunto con fuerza desbordante. Integraba en un solo haz las inquietudes del investigador superdotado, la pasión bibliográfica, el instinto prodigioso para ubicar las piezas más raras y

extraviadas, el estilo suculento, donairoso y altisonante, conjugado con la garra quemante del polemista y un saber increíble. Entreverado con las generosas cualidades de tan extenso registro, firmemente adherido a lo más íntimo de su personalidad se advertía, lamentablemente pertinaz, su estrabismo doctrinal que se ceñía férreamente a las imposiciones banderizas de su catolicismo ni nuevo ni viejo, "a machamartillo", de que se jactó en tantas ocasiones famosas.

Los problemas humanos, la variación esencial de la vida en cada momento de la historia, lo que refleja la literatura, la filosofía y el arte fueron para D. Marcelino asuntos que cabían en términos de Ortodoxia y Heterodoxia; banderizo entrañable e insobornable rechazó como aberraciones, como engendros ridículos las concepciones ilustres —permanentes y continuas en la historia española— que desde Juan de Valdés hasta Unamuno y Ortega confieren trascendencia al pensamiento peninsular y completan el esquema real de su acontecer. Si bien a estos dos últimos no llegó a calibrarlos Menéndez y Pelayo, no hay riesgo alguno en incorporarlos a la lista de sus sedicentes heterodoxos.

Las averiguaciones de la actual ciencia histórica sumadas a las últimas sospechas que conmueven la filosofía no toleran esa exhibición de irreversible parcialidad que el gran polígrafo de Santander mantiene sin vacilación. Alguna vez al revisar sus conclusiones dejó escurrir de su pluma algunas concesiones que, por vagas y circunspectas, apenas desdibujan los gruesos trazos de su concepción primitiva. El brote de un pensamiento noble y profundo no llega a comprometer la firmeza de su bandería ultramontana.

En 1911 añadió una *Advertencia Preliminar* a la segunda edición de los *Heterodoxos*, en la que desliza con alguna tristeza que "la materia histórica es flotante y móvil de suyo, y el historiador debe resignarse a ser un estudiante perpetuo"¹. No pasó más allá ni pretendió con esto desautorizar lo sostenido en los belicosos y varoniles años de la juventud.

La *Historia de los Heterodoxos Españoles* es la ampliación del pensamiento central que hierve en las cartas de *La Ciencia Española*. Esta historia puede satisfacer todavía algunas necesidades: dato desconocido, monografía magistral. Lo demás, aparte la atrayente facundia del escritor, es el relato de las vicisitudes del alma española a través de una perspectiva estrictamente católica, de un sorprendente candor estimativo.

Escrito en el fragor de una polémica de proporciones nacionales, este libro acusó con dureza la creencia radical del autor.

Pletórico de pasión juvenil, fué tan tajante y definitivo lo expresado por Menéndez y Pelayo que le fué imposible retractarse de haber confundido en el mismo matorral de engendros espirituales las más prosaicas manifestaciones de la brujería popular con las construcciones de Kant o Hegel. Para destacar "tres creaciones filosóficas con influencia en el mundo"², como son las escuelas *lulista*, *vivista* y *suarista*, no era necesario tomar en solfa el idealismo alemán ni rebajar a Voltaire. La gran polémica de la heterodoxia se viene arrastrando desde que España existe. El método para alcanzar la superación de la discordia no puede ser el que Menéndez y Pelayo empleó. Esto se ve bien desde nuestros días y desazona que un hombre que respetaba la libertad y el pensamiento ajeno se halla singularizado en la contienda como abanderado de la reacción. A juicio de Menéndez y Pelayo la historia de la heterodoxia española podía ser escrita de tres maneras: "1.º, en el sentido de indiferencia absoluta, sin apreciar el valor de las doctrinas o aplicándoles la regla de un juicio vacilante con visos de imparcial y

despreocupado"; "2.º, con el criterio heterodoxo, protestante o racionalista"; "3.º, con el criterio de la ortodoxia católica"³.

Dos de estas tres maneras de escribir la historia acusan intolerancia doctrinaria y anticipan estruendos de barricada; la otra es conceptuada como vacilante en sus juicios, despreocupada y falsamente imparcial.

Para Menéndez y Pelayo la historia no tiene autoridad propia —si se juzgan recatamente sus palabras—; sería sólo el vehículo necesario a la manifestación y triunfo de la verdadera creencia, la católica, sobre las restantes manifestaciones que la vida del hombre promueve, todas ellas aberrantes de la creencia verdadera, por lo tanto equivocadas y dañinas, curiosas en su significación más favorable. No garantiza ni defiende lo histórico en sí el autor; amarrado a uno de los términos de la ecuación sacrifica su opción a integrarlos y estimula el hervor del gran litigio ibérico.

Ortega señaló, con su habitual claridad y limpieza, el fondo del asunto: "Se trata —escribe en *HISTORIA COMO SISTEMA*— de encontrar en la historia misma su originalidad y autóctona razón. Por eso ha de entenderse en todo su rigor la expresión *razón histórica*. No una razón extrahistórica que parece cumplirse en la historia, sino, literalmente, *lo que al hombre le ha pasado constituyendo la sustantiva razón*, la revelación de una realidad trascendente a las teorías del hombre y que es él mismo por debajo de sus teorías".

No desconocemos que se puede entrar a los libros de Menéndez y Pelayo con la seguridad de trabar relación con una de las más estupendas fuentes de saber, pero no aceptamos su empeño en alinear toda la heterodoxia española frente a la pared, con magistral destreza, para acribillarla luego con el fuego de la intolerancia.

La heterodoxia española no es ráfaga pasajera; funciona dialécticamente al compás de la ortodoxia, en un coloquio constante, con altibajos crueles que constituyen la verdadera tradición espiritual de la península.

¹ *Historia de los Heterodoxos españoles*. Emecce editores. Buenos Aires. Discurso Preliminar.

² *La Ciencia Española*. Emecce. Buenos Aires, pág. 255.

³ *Heterodoxos*. Discurso Preliminar.

Debemos a Guillermo de Torre ⁴, un amplísimo, documentado y certero panorama de este antagonismo que incluye "todas sus variaciones nominales: liberalismo y servilismo, constitucionalismo y carlismo, gobierno popular o utopía intelectual y dominación teocrática, que tejen la verdadera historia de España, determinando su escisión en dos hemisferios irreconciliables".

Este agudo ensayista señala con precisión aquella zona profunda en que campeaban las verdaderas razones que impulsaban a D. Marcelino. Luego de ficharlo como "turiferario de una tradición que él creía única y excluyente" (Pág. 38), Guillermo de Torre arriesga un juicio, definitivo a nuestro entender. "No hay que jactarse de perspicaz para presumir que al atacar ferozmente al krausismo, lo que en realidad combatía Menéndez y Pelayo era algo más profundo y poderoso. Ni Sanz del Río, ni Salmerón le hubieran merecido los vituperios que les enrostró, como importadores y corifeos de aquella secta filosófica a no intuir que detrás de ellos estaba el espíritu sojuzgado de otra tradición, no menos razonada y respetable, palpitaba una corriente españolísima de libertad, yacía, en suma, el alma de otra España" (Pág. 45).

D. Juan Valera, en 1880, al comentar el segundo tomo de la Historia de los Heterodoxos advirtió algunos vacíos en la tesis de su amigo Menéndez. D. Juan dió una mano bondadosa a los polemistas y despejó, de paso, la confusa atmósfera en que flotaba la tradicional creencia en una España permanentemente católica. También para Valera el litigio de la heterodoxia era el hecho capital de la historia de España. Espiritualmente próximo al gran polemista, sabio como él y conciliador, compartían la estirpe espiritual grecolatina y el "ser clasico hasta los tuétanos". Pero Valera tenía sus dudas. Católico insospechable, su posición es de una ejemplar honestidad intelectual.

"En suma —dice D. Juan—, si desde que Santiago, si es que Santiago vino a

España, y si desde que San Pablo, ya que San Pablo parece que vino, y si desde que los varones apostólicos enviados por San Pedro difundieron en nuestra tierra la luz de la buena doctrina católica, el espíritu español se bañó de tal suerte en dicha luz, que nada o poco vale y produce cuanto de ella se aparta, el asunto de esta historia de los heterodoxos es un asunto ingratisimo".

Tal cosa no existe a juicio del escritor andaluz, ya que el fervor católico intrasigente, nacional y exclusivo, apenas se vino a mostrar en la península en el siglo XV y "no obró todos sus efectos, buenos y malos, sino en los siglos XVI y XVII".

Entre la gente rústica la religión y las supersticiones gentílicas duraron siglos —dice Valera— y hubo más judíos en España que en ninguna parte de Europa. "Si esta raza se declaró católica más tarde y trató de dar al país unidad religiosa oficial, distó mucho de lograrlo". La indiferencia religiosa queda demostrada por la prontitud y facilidad asombrosa de la conquista de los mahometanos, curiosos invasores que eran llamados "por príncipes de sangre real, por magnates y hasta por obispos, los cuales no sólo los llaman, sino que combaten al lado de ellos contra la bandera nacional y contra el catolicismo".

Desde Covadonga hasta Granada se arrastra una larga guerra entre estados. Hacia el siglo XV se advierten asomos de unidad católica en España; antes el pensamiento español fué más poderoso y fecundo cuando heterodoxo que cuando católico e importaba mucho más en la historia universal. Los nombres de Séneca, Averroes, Avicibrón y Maimónides dan fe de la aseveración de Valera. "Sólo hay una figura que compite con estas cuatro, y es católica; pero su triunfo apenas se funda en lo especulativo y teórico, sino que debe mucho a la acción: Ignacio de Loyola".

Cuando la creencia unánime no existía aún, libraban su originalidad, sin sofoco, hasta los ortodoxos: "Todavía Raimundo Lulio, en medio de sus extrañezas y delirios, ha ejercido más influjo en las naciones y ha logrado más fama que casi todos nuestros teólogos y filósofos de los siglos XVI y XVII".

⁴ *Menéndez y Pelayo y las 4 Españas*. Publicaciones del Patronato Hispano Americano de Cultura. Buenos Aires, 1943.

Equilibrio escéptico e inteligente el de Valera, pensamiento eficaz que cobra extraordinario valor confrontado con el que trasciende de los párrafos monumentales y apasionados de D. Marcelino.

¿Qué se deduce de esta historia?, se pregunta Menéndez y Pelayo al terminar su gigantesco relato. Gira en vuelo panorámico sobre su obra, como si la escrutara, y redacta el corto epílogo que reitera, resume y confirma la esencia granítica de su doctrina. La unidad española se debe en la lengua, en el arte y en el derecho a Roma. "Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por el carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación. Sin unidad de clima y producciones, sin unidad de costumbres, sin unidad de culto, sin unidad de ritos, sin unidad de familia, sin conciencia de nuestra hermandad, ni sentimiento de nación, sucumbimos ante Roma, tribu a tribu, ciudad a ciudad, hombre a hombre..."⁵.

La Roma dominadora mezcla la sangre, "confunde dioses", da el tono rotundo al hablar hispano. El cristianismo dió tardíamente a España la unidad solidaria en la creencia, unidad de los amores de Menéndez y Pelayo. Otros pueblos de occidente, aventados también por el Imperio Romano, y semejantes en cuanto a culto, clima y ritos, a España, buscaron una ruta histórica que dista largamente de esta que con sonos de trompeta nos encomia Menéndez y Pelayo: "España evangelizadora de la mitad del orbe, España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; esa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los Arévacos, de los Vectores o de los reyes de taifas"⁶.

El fervor es legítimo, suena bien. Menéndez y Pelayo, paradigma de intelectual que vive una creencia, tiene fe ciega en su brújula. Interpreta con propiedad a la mitad de España, hace suyo el oriflama reberberante de la tradición, tutela y resguarda su historial y señala con rotunda seguridad el camino que retorna

a los siglos de la unidad religiosa y de la empresa evangelizadora.

Pero la historia —él mismo nos lo ha dicho— es flotante y móvil de suyo; el hombre no vuelve a ser lo que ya ha sido, ni España es un país cuyo futuro consista en su pasado. El retorno de España implica la anquilosis definitiva y su reiteración en la Historia de los Heterodoxos constituye la falla fundamental de una obra admirable que ha pretendido contraponerse a la ley que rige la vida histórica.

Miguel de Unamuno en 1895 enarboló otra bandera. El alto lenguaje en que transcribe su meditación no desmerece en intensidad y braveza del léxico caudaloso de D. Marcelino. Los argumentos del pensador vasco intentaban la filosófica amalgama de los contenidos dispares de la historia espiritual de España: "Hay un ejército que desdeña la tradición eterna, que descansa en el presente de la humanidad, y se va en busca de lo castizo e histórico de la tradición al pasado de nuestra casta" (En Torno al Casticismo). El desdén de D. Miguel desborda las posibilidades de un contrapunto ideal con Menéndez y Pelayo y termina por revolverse contra los que desprecian la reflexión integradora y cargan la legitimidad de los derechos históricos a un sólo lado pretendiendo "hacer cuerpos vivos de osamentas".

Unamuno que vive el problema en ebullición participa en la polémica refrendando a D. Guñersindo de Azcárate, contendor de D. Marcelino: "Tenía razón al decir el Sr. Azcárate que nuestra cultura del siglo XVI debió interrumpirse cuando la hemos olvidado; tenía razón contra todos los desenterradores de osamentas".

Pasamos las etapas de admiración ascendente que nos hace sentir la obra de Menéndez y Pelayo y vamos superando, hasta donde es posible, la sensación de pequeñez que experimentamos ante la portentosa construcción, ante un saber que desborda nuestras posibilidades. Quedamos frente al deber de recojer la lección que nos depara esta espectacular aventura del pensamiento partidario, adornada con los oros deslumbrantes de la investigación.

⁵ *Heterodoxos*, pág. 555, tomo VII.

⁶ *Heterodoxos*, pág. 558, tomo VII.

Se nos recomienda y enseña una España hemipléjica, con medio cuerpo enfermo, estremecido de vez en cuando por "doctrinas heréticas, impías o supersticiosas", que son fenómenos aislados, eslabones sueltos de la cadena cultural, "plantas que destituidas de jugo nutritivo muy pronto se agotan y mueren, verdaderas aberraciones intelectuales, que sólo se explican refiriéndolas al principio de que aberran..."

Sin embargo no se agotan ni mueren esas impiedades y supersticiones, ni sirven solamente para ser impugnadas por la historia apologetica. Negarlas es desestimar una parte auténtica de España, como pensaba Valera; restar importancia a una gran labor y suscribir ante la posteridad juicios azorantes. Son modos de cultura destinados a desaparecer.

Cabía ironizar el racionalismo armónico predicado por los krausistas, cosa muy comprensible, sin que por ello deba concederse rango de alta filosofía a las especulaciones de Balmes o Donoso Cortés, ni conceptuar egregio novelista walterscotiano a Navarro Villoslada o ponderar a González Pedroso como autor de "uno de los trozos de más alta crítica que han salido de pluma española"⁷. La intolerancia religiosa gravita negativamente en estas páginas donde podemos leer que "las soledades de Góngora son tenebrosas"⁸ que a Feijoo "bien le cuadraría el epíteto de Voltaire español, no por lo impío, sino por lo superficial y vano"⁹, y que Voltaire es "el más inepto y torpe de los que han empleado su pluma para corromper al género humano".

En la andanada de denuestos que dedica a Julián Sanz del Río descubre Menéndez y Pelayo los resortes más secretos de su estilo intelectual: "Sólo a un hombre de madera de sectario, nacido para el iluminismo misterioso y fanático, para la iniciación a sombra de tejado y para las fórmulas taumaturgicas de exorcismo podía ocurrírsele cerrar los ojos a toda la prodigiosa variedad de la cultura alemana, y puesto a elegir errores prescindir de la poética teosófica de Schelling y del portentoso edificio dialéctico de Hegel..."

Se habla aquí del portentoso edificio dialéctico de Hegel, pero como uno de los errores que Sanz del Río puede elegir.

Así socavó Menéndez y Pelayo la firmeza de su obra y le comprometió el futuro. La acción de este escritor fué contraproducente en la contienda en que se ventilaba el crédito científico de España ya que, en vez de alcanzar la meta propuesta, favoreció por reacción el encumbramiento de una España progresista, original y libertaria.

Lo más valioso de la intelectualidad española, desde aquél tiempo hasta nuestros días, ha admirado al maestro santanderino pero ha formado en la división de su contradictor D. Gumersindo de Azcárate.

Siglo de Oro español y católico fué el siglo XVI. Siglo de Oro español y heterodoxo es el siglo XX, que ha madurado en una pendulación de cuatro siglos. Los nombres gloriosos de Fox Morcillo, Vives, Suárez, Velázquez, Murillo, Cervantes, Góngora, Quevedo, etc., han renacido en el gran bando liberal del siglo XX, en la obra de Unamuno, Ortega, Picasso, Dalí, Galdós, Baroja, Juan Ramón Jiménez, García Lorca, Américo Castro, Marañón. Entre estos nombres y aquellos algún paralelo resultaría forzado y otros sobradamente posible.

Se arriesgó mucho Menéndez y Pelayo al erigirse en único depositario de la verdad de España, esclavo de un criterio bizco: "No he lidiado ni lidio más que por el honor literario de la patria"¹⁰.

Hombres como Unamuno, Ortega, Baroja y los demás, son el honor literario de la España de hoy, aunque sean liberales. No aceptaron de buen grado la inferioridad hispana para las ciencias exactas ni aquella cantilena de que "no lo da Dios todo a todos; quizá el terreno no estaba bien preparado; quizá la genialidad española no tira tanto por ese camino como por otros"¹¹ con que se tranquilizó D. Marcelino, ni adoptaron ciertas formas defensivas que asumía, quemándose las pestañas en busca de un hombre de ciencia hasta dar con "el docto

⁷ *Heterodoxos.*

⁸ *Heterodoxos.*

⁹ *Heterodoxos.*

¹⁰ *Ciencia Española.* Contestación a Perojo. Tomo II, pág. 90.

¹¹ *Id.*

aragonés Gómez Miedes que escribió un grueso volumen sobre la sal común, única que conocía”¹².

El magisterio nacional ejercido por Ortega y Gasset ha puesto fin a la existencia de esos sabios españoles que son voces aisladas, incapaces de crear escuelas ni tradición científica. El sabio español de cualquier ciencia fué siempre monolítico, “seres de una pieza que nacen sin precursores, por generación espontánea, de las madres bravas, aunque bastante cenagosas de nuestra raza”¹³.

Al ver la actual heterodoxia española cruzar el cénit se advierte que la influencia de D. Marcelino en la vida del país ha sido escasa, como consecuencia de la parcialidad de su mensaje. Descubrir el pasado y luego negar la mitad de él es amputar el descubrimiento.

Los heterodoxos del siglo XX se han atrevido a rechazarlo todo, sin concesiones, y han buscado una integración europea. El alma de Unamuno como apunta certeramente Guillerino de Torre, fué el campo de combate de las dos tendencias. El pensador vasco era católico y heterodoxo a la vez; el mal de España le quitó la vida y lo convirtió en el primer mártir de la integración.

Ortega, muy rico en negaciones iniciales, puso en marcha la nueva España. No solamente la enunció: le dió vida y comprometió en su empresa a católicos y anticatólicos. Se da el caso sorprendente de tres pensadores católicos —Morente, Zubiri y Marías— que se declaran discípulos de Ortega, el heterodoxo.

La concepción de Menéndez y Pelayo recibió de Ortega el siguiente comentario: “En la Ciencia Española, o mejor dicho, en una nota de la reedición (nota que acusa un poco más de continencia en el nacionalismo del autor) se percata el Sr. Menéndez y Pelayo de que en la llamada cultura española han faltado las matemáticas; en cambio —viene a decir— hemos cultivado grandemente las ciencias biológicas. ¿Cómo? ¿Es que da lo mismo? ¿Es que son materias coordinadas de significación equivalente en el *globus intellectualis*? Yo creo que el sí-

mil de una esfera es muy aplicable a la cultura; también tiene esta un centro y una periferia. Las matemáticas, juntamente con la filosofía, son el centro de la cultura europea, que es de la que hablamos, y si cupiera aún mayor concentración, eso sería en la cultura europea moderna, que comienza, no en el renacimiento de la plástica o de los versos griegos, sino en la traducción que Nicolás Cusano hizo de la mecánica de Arquímedes y en la fiesta con que la Academia Florentina celebró el natalicio de Platón”.

“Si no hemos tenido matemáticas —continúa Ortega— orgullo de la razón humana, que decía Kant; si como es consecuencia no hemos tenido filosofía, podemos decir muy lisamente que no nos hemos iniciado siquiera en la cultura moderna” (O. C. Pág. 83-I).

El haber adquirido el enorme compromiso de despertar a España le iba a Ortega su honor intelectual. La solución eficaz del asfixiante problema de una nación rezagada y casi ajena a la evolución de la cultura occidental requería previamente un examen claro de la situación cuyo resultado no será precisamente un panegírico. Las palabras que el pensador escribe entonces son atroces; no se divisan en ellas los grandes monumentos que repletan la exégesis de D. Marcelino. El pensamiento del joven Ortega es un río de amargura por la miseria intelectual de su patria ya al borde de la tumba, desde donde se prometió arrancarla y redimirla:

“España es la inconsciencia; es decir en España no hay más que pueblo. Esta es, probablemente nuestra desdicha. Falta la levadura para la fermentación histórica, los pocos que espiritualicen y den un sentido de la vida a los muchos. Semejante defecto es exclusivamente español dentro de Europa. Rusia, la otra hermana en desolación, ha mantenido siempre sobre su cuerpo gigantesco, de músculos y nervios primitivos, una cabeza, un cerebro curioso y sutil encima de sus hombros bestiales. Si reuniendo, por el contrario, la masa anatómica de nuestra raza durante las últimas centurias formáramos un inmenso carnero y quisiéramos con estos materiales crear un hombre, no hallaríamos seguramente de

¹² *Ciencia Española*.

¹³ *Obras Completas*, tomo I, pág. 41.

qué urdirle una corteza cerebral. ¿Y de dónde proviene esta desventura? ¡ay, no lo sabemos! ¿La Inquisición, la situación geográfica, el descubrimiento de América, la procedencia africana? No podemos saberlo: como no tenemos cerebro no hemos podido tejer nuestra propia historia. ¡Pueblo de leyendas y sin historia, es decir, un pueblo *ci-devant*, como el indio o el egipcio. ¡Esto somos! Raza que ha perdido la conciencia de su continuidad histórica, raza sonámbula y espúrea, que anda delante de sí sin saber de dónde viene ni a dónde va, raza fantasma, raza triste, raza melancólica y enajenada, raza doliente como aquella Clemencia Isaura que —según dicen— vivía viuda de su alma” (O. C. Tomo I, 105-106).

El texto de Ortega es de 1908. Bien pudo leerlo D. Marcelino, aún vivo, y percatarse de que el bando contrario ha-

bía encontrado su capitán en la persona del joven denostador que no daba vivas a Trento ni a la empresa evangelizadora, no halagaba a nadie, amigo o enemigo. Simplemente indicaba con rigor el camino que debía seguirse y sin restarle a la cultura española sus atributos peculiares, entreabría la puerta de Europa. Era el fin de la modorra tricentenaria.

No puede prescindir de la obra de Menéndez y Pelayo quien sienta curiosidad por el pasado espiritual hispano; constituye ella un descomunal punto de vista crítico sobre la cultura europea y greco latina. Es templo de riquísimo saber; todo en ella es grandioso y desproporcionado, incluso ese gran error de su mensaje fundamental, sellado por la pasión del banderizo.

Está vivo su error; tanto, que rectificándolo se han hecho grandes sus adversarios: los heterodoxos del siglo XX.